

RUMBO A LA TIERRA

1 Diario de a bordo

Sistema estelar Alfa Centauri, año 2107

El potente sonido de los motores de despegue cesó bruscamente. La nave quedó varada en la inmensidad del espacio y un murmullo de voces nerviosas recorrió los pasillos del trasbordador espacial.

Mis manos agarraron con fuerza los reposabrazos del asiento, y aunque intenté controlar el brote de pánico, sentí las palpitaciones de mi corazón en la garganta. Mi padre, sentado a escasos metros, se percató del temblor de mis piernas.

–Tranquilo, Saturno, no hay ningún problema –aclaró con expresión relajada–. Hemos dejado atrás la fuerza gravitacional de Alfa 21, y nos preparamos para la fase interestelar.

Mamá siempre me decía que había heredado algunos de los rasgos de mi padre: sus ojos grandes y acaramelados, su nariz chata, su pelo oscuro... Durante más de quince años, mi padre había pilotado las naves Nautilus-C y Magallanes 4. Y sus palabras consiguieron calmar mis nervios. Su trabajo consistía en transportar hielo sucio y oxígeno desde los cuatro rincones de Alfa Centauri hasta las refinerías de La Salvación, la ciudad espacial que había sido nuestro hogar hasta hoy.

Habían pasado 92 años desde la fundación de nuestra ciudad espacial. Y durante ese tiempo habíamos creído ser los únicos supervivientes del impacto de un gran meteorito sobre la Tierra. Pero gracias a mis dos amigos Irache y Modesto, descubrimos que no era cierto. Ahora, a excepción de Samuel Zinc, el nuevo Administrador General, y un pequeño grupo de voluntarios necesario para el mantenimiento de la ciudad, los mil doscientos habitantes de La Salvación regresábamos a la Tierra.

De pronto, mi acompañante exhaló un largo soplo de alivio. Se trataba de Modesto, quien era algo más bajo que yo y tenía el pelo rizado y la piel oscura. Mi amigo respiraba con dificultad, el sudor invadía su frente, y un tic que le impedía dejar de pestañear se había apoderado de su párpado izquierdo. ¡A su lado, yo era Juan Sin Miedo!

A pesar de ser tan asustadizo como un bebé, aún existía una faceta en la que nadie destacaba como Modesto: silencioso igual que una roca, mi compañero de clase era la persona más reservada y tímida que conocía. Una sombra en la noche llamaba más la atención que su presencia.

–¿Ahora es cuando viene la fase de hibernación? –preguntó con voz temblorosa.

–Exacto –confirmó Irache–. Noventa y siete días de hibernación en los que viajaremos a una velocidad superior a la de la luz. Ya sabéis, a más de 300.000 kilómetros por segundo.

–¡Por supuesto! ¿Cómo no lo íbamos a saber? –dije empleando un tono irónico que ella pasó por alto.

Irache tenía el cabello largo y ondulado, y a veces llevaba su melena castaña recogida en una coleta. Lo de ir gastando bromas no era su punto fuerte, y su rostro siempre expresaba concentración absoluta.

Aunque de forma accidental, los tres nos habíamos convertido en los héroes del momento de nuestra pequeña ciudad al descubrir que, en la Tierra, seguían viviendo millones de personas.

Escasas semanas atrás, y a pesar de casi no conocerla, Irache ocupaba la primera posición en mi particular lista de compañeros más aborrecibles del colegio. Pero tras un trabajo de clase en grupo, descubrí que su pésima fama entre los compañeros de sexto de Primigenia era bastante injusta.

La razón por la que Irache gozaba de tan pobre popularidad era sencilla: resultaba una erudita recalcitrante, esto es, una sabionda parlanchina que nunca se equivocaba.

Casi todos los de clase teníamos entre once y doce años, pero Irache contaba con una mente superdotada. Y en ocasiones resultaba algo cargante, un poco pedante y, siempre, muy prepotente. Y estas solo eran algunas de las cosas acabadas en «te» que se le podían llamar.

–Más de tres meses de sueño regulados por sondas estabilizadoras –continuó Irache–, en los que el único alimento que recibiremos será el oxígeno nutritivo que nos proporcionarán los respiradores que los asistentes de vuelo nos acoplarán en unos minutos.

Aquella forma de hablar era precisamente a lo que me refería. ¡Parecía la base de datos del ordenador central de La Salvación!

Sin ninguna duda, Irache era la que más tranquila se mostraba de los tres. Por desgracia, sus palabras no habían conseguido serenar a Modesto. La expresión de su rostro seguía siendo la de quien descubre que una pelota está a punto de impactarle contra las narices.

Entonces, el monitor individual con el que contaba cada asiento atrajo nuestra atención. El rostro, solemne e imperturbable, que ocupó la pantalla era el del antiguo Administrador General de nuestra ciudad.

–Queridos habitantes de La Salvación –comenzó Máximo Grande–, antes de comenzar la hibernación, les invito a que realicen un breve video de presentación para darnos a conocer a nuestros conciudadanos de la Tierra. La propuesta proviene de los habitantes del planeta azul, quienes aguardan con emoción nuestra llegada. A continuación, los asistentes de vuelo les ayudarán a prepararse para el trayecto. Es mi deseo que disfrutemos de un agradable viaje interestelar.

–La Tierra –suspiró Irache en tono anhelante.

–El planeta azul –la secundé, logrando esbozar, por fin, una leve sonrisa.

Modesto se limitó a adoptar una expresión de sumo placer.

–Pulse la pantalla para comenzar su video de presentación –Irache y yo leímos simultáneamente el mensaje en nuestros respectivos monitores.

–¿Qué podemos decir para presentarnos? –me encogí de hombros.

–Este video puede que lo vean millones de personas –reflexionó Irache.

Mi amiga estaba en lo cierto. La población en la Tierra rondaba los diez mil millones de personas y, por las informaciones que nos había transmitido el Administrador General, seríamos recibidos como héroes.

Las autoridades terrestres habían mantenido en secreto la existencia de La Salvación durante noventa y dos años. Pero desde que salió a la luz la existencia de una ciudad espacial en el sistema Alfa Centauri, la estrella más próxima a la Tierra, en los medios de comunicación terrestres no se hablaba de otra cosa.

«¡Lo tengo!» Pensé entonces. «Hablaré de la forma en que Irache, Modesto y yo descubrimos el secreto que se nos había ocultado durante tanto tiempo».

Acomodé el respaldo para que mi imagen quedase centrada en el monitor y me ajusté las gafas digitales.

–Mi nombre es Saturno, como el planeta...

–¡Vamos, Saturnino, nadie te llama así! –Me interrumpió sin contemplaciones Irache–. ¿O es que piensas ponerte en plan «don Importante»?

Resoplé como uno de esos toros bravos de la Tierra antes de embestir. Mis ojos eran dos amenazadores cañones láser apuntándole a las narices. Ella sabía que odiaba que me llamasen así.

–Está bien –Irache supo leer mi expresión–. Me callo.

Volví a concentrarme y comencé una nueva grabación.

–Mi nombre es Saturno, como el planeta del Sistema Solar, aunque todo el mundo me conoce como Saturnino –indicé, lo que me valió para arrancarle un gesto complaciente a Irache–, y acabo de cumplir doce años. En La Salvación diríamos que nos encontramos en el año 92 d.d.G.M, o lo que es lo mismo, después del Gran Meteorito, que coincide con el tiempo que ha transcurrido desde que se fundó nuestra ciudad y que se corresponde con el año 2107 de la era terrestre.

»El traspordador que nos conduce a la Tierra acaba de despegar –continué– y me encuentro muy nervioso. No se debe solo a que es la primera vez que realizo un viaje interestelar. Tanto para mí como para el resto de habitantes de La Salvación será la primera vez que pisamos el planeta de nuestros antepasados. ¡Durante noventa y dos años hemos pensado que éramos los únicos humanos con vida del universo!

»Sin embargo –proseguí– el descubrimiento que más nos afectó a los habitantes de La Salvación fue destapar que formábamos parte de un experimento dirigido por poderosos dirigentes de la Tierra y controlado por el Administrador General de nuestra ciudad, Máximo Grande, y su mano derecha, el director Samuel Zinc. Ambos eran los únicos que sabían que la humanidad seguía existiendo, y quienes contactaban con las autoridades terrestres. En realidad, con la fundación de nuestra ciudad espacial se pretendía comprobar si la especie humana se las arreglaría para sobrevivir en otro planeta si un meteorito chocaba contra la Tierra. ¡Y ya creo que nos las arreglamos!

»Ahora nos aguardan tres meses de viaje en hibernación que transcurrirán como un largo sueño. Nos han comunicado que multitud de mandatarios y de cámaras de televisión procedentes de todos los rincones del planeta esperarán en la pista de aterrizaje; eso todavía me pone más nervioso. Después, mi mayor deseo al fin se hará realidad. Será la primera vez que disfrute de la Tierra fuera de fotografías o vídeos.

Irache, Modesto y yo hemos hechos algunos planes. Queremos pasear por sus bosques y pasar unos días en la playa, ¡me muero por bañarme en las aguas del mar y respirar aire terrestre! ...Vaya, al final he hablado más de lo que pensaba. Bueno, nos vemos en tres meses. ¡Nos vemos en la Tierra! –concluí con una sonrisa nerviosa.

Tras la despedida, me recosté contra el respaldo y finalicé la grabación. Mis dedos empezaron a tamborilear sobre los reposabrazos y mis rodillas a moverse de izquierda a derecha como si estuviesen danzando. En aquel momento, mi padre se aproximó.

–Tranquilo, Saturno, el viaje solo durará un parpadeo –dijo y regresó a su asiento.

Mi padre había empezado a llamarme Saturno en los últimos días; desde el sorprendente descubrimiento de que el Gran Meteorito no había llegado a colisionar contra la Tierra. Aquello, por algún motivo, me transmitía una gran confianza.

A medida que los asistentes de vuelo fueron recorriendo los asientos y ayudaron a los tripulantes a ajustarse las sondas y las conexiones de oxígeno, fueron sucumbiendo al placentero sueño de la hibernación.

Por fin me llegó el turno.

Nada más ajustarme la mascarilla, con la primera inspiración, una sensación de profundo bienestar se extendió por mi cuerpo.

Cerré los ojos presa del más absoluto relax y empecé a caminar por una pradera de mullida hierba. El murmullo de un arroyo lejano y el piar de una bandada de gorriones eran los únicos sonidos que se escuchaban. Un único sol dorado dominaba un reino azul celeste, fugazmente moteado por un puñado de nubes.

El frescor de la hierba ascendía por mis pies descalzos cuando el sueño me venció.

2 Un parpadeo después

Apenas caminé unos pasos por aquella pradera de ensueño. No había transcurrido más de un puñado de segundos cuando la asistente de vuelo me retiró la mascarilla. Pensé que había surgido algún problema con mi equipo de hibernación.

–¿Qué ocurre? –pregunté. Mi boca se movió con torpeza y a duras penas conseguí hablar.

–Despierta. Hemos llegado –respondió la señora con una gran sonrisa a la vez que me ofrecía un vaso de agua.

Me sentía aturdido y sus palabras acrecentaron mi confusión. Mi padre observaba desde su asiento con expresión divertida. De pronto, profirió una sonora carcajada.

–Te dije que duraría un parpadeo.

Di un sorbo al vaso de agua.

–¿Quiere decir que...? –Dudé un instante—. ¿Ya hemos llegado a la Tierra?

–Acabamos de superar la barrera de la atmósfera –afirmó mi padre—. Nos encontramos en el espacio gravitatorio terrestre.

–Aterrizaremos en pocos minutos –añadió mi madre.

Mi madre era delgada y no muy alta, pero la fragilidad de su silueta escondía un fuerte temperamento. Por lo que era recomendable evitar que se enfadase. De cualquier forma, en aquel momento se encontraba de un humor excelente, y sus ojos verdes relucían en su rostro como esmeraldas.

Los tripulantes comenzaban a desperezarse, algunos estiraban las piernas en el pasillo y otros intercambiaban impresiones con sus acompañantes.

Me percaté de que Irache y Modesto también abrían los ojos.

–¿Qué os ha parecido el viaje? –interrogué.

–¿Qué viaje? –planteó Irache.

–¿Cuándo empezamos la hibernación? –añadió Modesto.

Seguía sin asimilar que tres meses hubiesen transcurrido en lo que dura un suspiro, aunque me tranquilizó ver que mis amigos tampoco recordaban nada y que se sentían tan desorientados como yo.

Las pantallas de la aeronave se conectaron en aquel instante. El primer plano del férreo rostro de Máximo Grande ocupó el monitor.

–Es un placer comunicarles que el viaje ha sido un éxito –la voz del Administrador General de La Salvación, habitualmente seria y sin inflexiones, poseía en esta ocasión un tono emocionado–. Tras el aterrizaje y el recibimiento por las autoridades de la Tierra, tomaremos un transporte que nos conducirá al complejo residencial, que será nuestro hogar durante estas primeras semanas de adaptación. Hombres y mujeres de La Salvación, pequeños y mayores, ¡nuestro sueño se ha hecho realidad! ¡Por fin estamos en la Tierra!

A pesar de que arrancó un sonoro aplauso de los tripulantes, sus palabras se me antojaron todo un atrevimiento. Después de tantos años ocultándonos la verdad, ahora quería hacerse pasar por el mejor de los camaradas. Si había alguien en La Salvación que me había proporcionado suficientes motivos para no fiarme de él, ése era Máximo Grande.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un vaivén de la aeronave. Le siguieron varios crujidos metálicos y una nueva agitación. Dirigí una mirada interrogante a mi padre.

–El comandante ha activado los propulsores de aterrizaje –contestó con calma–. Estamos frenando.

Al cabo de unos instantes, tras un impacto amortiguado, el balanceo del trasbordador espacial cesó. Las compuertas externas se abrieron y, Modesto, Irache y yo, tras ayudar a nuestra amiga a sentarse en su silla aerostática, nos dirigimos a toda prisa hacia la salida. Años atrás, Irache había sufrido un accidente en la terminal de carga de La Salvación que le había dejado impedidas las piernas. Por suerte, sus padres son dos científicos brillantes, y lograron diseñar aquella silla propulsada mediante chorros de aire para que pudiera desplazarse libremente.

Solo un puñado de miembros de la tripulación abandonó la aeronave antes que nosotros. Accedimos a una plataforma autopropulsada de grandes dimensiones que se levantaba varios metros sobre el suelo, aunque apenas logré avanzar un paso. Una avalancha de flashes me nubló la vista y me obligó a detenerme.

Sin embargo, me sentía tan ansioso por descubrir el mundo nuevo que se abría a mis pies que no me resistí al impulso de alzar de nuevo la mirada. Protegiéndome los ojos con una mano, descubrí un mar de rostros eufóricos que aclamaban nuestra llegada con gritos entusiastas.

–¡Bienvenidos! ¡Sois unos héroes! ¡Os lo debemos todo! ¡No olvidaremos vuestro sacrificio! –fueron algunas de las frases que logré escuchar.

Una multitud, inconcebible para mí, se agolpaba contra la barrera humana que formaban cientos de agentes uniformados. En la ciudad en la que había vivido hasta hoy sumábamos poco más de mil habitantes y la muchedumbre que aguardaba frente a nosotros multiplicaba muchas veces aquel número.

Una tormenta de novedosos estímulos y sensaciones descargó sobre mi cabeza. La temperatura era fresca, bastante más baja que los acostumbrados veintitrés grados de La Salvación, y un escalofrío me ascendió por la nuca. Una débil luminosidad, brumosa, se

esparcía sobre la atmósfera de la estación aérea, y di por sentado que habíamos aterrizado en esa hora del día en la que no ha terminado de anochecer.

En ese sentido, La Salvación también era muy diferente a la Tierra. Nuestro sistema estelar contaba con tres soles, por lo que nunca se hacía de noche. Y cómo no existía una atmósfera, ni el aire era respirable, nuestra ciudad estaba protegida por una cúpula de cristal plastificado que retenía el oxígeno. Existía también un enorme párpado de titanio que recreaba la noche y nos protegía de las frecuentes lluvias de meteoritos.

El aire de la Tierra también era sorprendente. Poseía algo que lo hacía muy diferente al de mi ciudad. Parecía más denso, como si costase más que penetrarse en los pulmones. De hecho, comprobé que el ritmo de mi respiración se aceleraba considerablemente.

—Aquí hay que respirar más veces para obtener el mismo oxígeno —dijo una voz familiar a mis espaldas, como si me hubiese leído el pensamiento—. En los últimos noventa y dos años, el nivel de oxígeno en el aire terrestre ha disminuido a más de la mitad.

La profesora Rosa nos acompañaba en el centro de la plataforma. Era delgada pero bastante alta, y nos resguardó en buena medida del vendaval de flashes. Rosa había sido nuestra profesora desde tercero de Primigenia. Era muy exigente en clase, pero a diferencia de la mayoría de adultos, no nos trataba como a niños y siempre nos escuchaba pacientemente.

Máximo Grande iba en cabeza de la cinta transportadora que nos condujo hasta un estrado al aire libre. Allí nos aguardaba una comitiva de altos dignatarios. Me sorprendió ver que el Administrador General se abrazara efusivamente con uno de los presentes. Ojos saltones, nariz ancha, cuello largo, bigote recortado... ¡Por supuesto! ¡Lord Orión! Su retrato estaba en todos los edificios oficiales de La Salvación. Aquel hombre fue el antecesor de Máximo Grande hasta su supuesta muerte diez años atrás.

El primero en ocupar este cargo fue el comandante Raiumus. Desde entonces, todos los Administradores habían muerto de una forma prematura; siempre antes de alcanzar los cuarenta y cinco años de edad. Sin embargo, se trataba de un engaño más. Aquellos desafortunados accidentes escondían una realidad muy diferente: un placentero retiro en nuestro añorado planeta azul.

«Lord Orión disfrutando del sol y la playa y nosotros embutidos en La Salvación igual que esos pececitos que en la Tierra envasaban en latas», pensé. «Y para colmo, rindiéndole respetos de celebridad». Prometí que si volvía a cruzarme con uno de sus retratos le lanzaría un bote de pintura.

Lord Orión adoptó el papel de mediador entre Máximo Grande y las autoridades de la Tierra. Ciertamente, era la única persona que había mantenido contacto directo con las dos partes, lo que no logró que ocultase mis ganas de retorcerle un brazo; encajé las mandíbulas, cerré los puños con fuerza y le fulminé con los ojos.

De entre las personas que formaban la comitiva terrestre se adelantaron dos de ellas: Odín Black y Eli Peral.

El señor Black era un hombre de gran estatura, vestía un traje oscuro impecablemente planchado y exhibía una mirada altiva. Fue presentado como Comendador del Sur, cargo que ostentaba por ser el Presidente de Conjunto 7, que como luego supe era la unión de las siete ciudades más importantes de la Tierra.

–Si necesitan cualquier cosa solo tienen que pedírmela –su voz resultaba pausada pero firme.

Lord Orión se aproximó hasta la señora.

–Eli Peral es la Regidora de Capital Federal, la ciudad que será vuestro hogar.

Se trataba de una mujer de mediana edad, con ojos alegres y muy sonriente.

–Bienvenidos –nos saludó la señora Peral–. Aunque su fundación es reciente, Capital Federal se ha convertido en una de las capitales mundiales y cuenta con los últimos avances tecnológicos. Y ahora, acompáñenme. Un tren relámpago nos espera en la magneto-estación.

Agradecí que el acto de recibimiento no se alargara en exceso. Atendiendo al largo viaje, habían decidido conducirnos directamente a nuestro complejo residencial y posponer los encuentros con los medios de comunicación para los días sucesivos.

En aquel momento, de modo repentino, una enorme bola de fuego apareció en el horizonte. Dos segundos más tarde, un impactante estallido golpeó nuestros tímpanos, y una onda expansiva nos hizo caer al suelo.

Se había producido una explosión a uno o dos kilómetros de distancia. Pero había sido tan terrible que, debido a la onda expansiva, algunas personas del aeropuerto espacial habían resultado heridas.

Por suerte, un rápido vistazo me bastó para confirmar que la gente de mi alrededor se encontraba bien, y se había levantado de nuevo. Apenas habíamos sufrido alguna que otra magulladura por la caída.

Odín Black se repuso rápidamente y realizó una llamada con su teléfono interactivo – una ligera lámina de grafito flexible–. Al término de su conversación se dirigió a los habitantes de La Salvación con expresión preocupada.

–¡Deben marcharse! ¡Ahora! ¡Un grupo de guardianes les acompañará de inmediato hasta su complejo residencial!

Guardianes era como llamaban a los policías en Capital Federal.

–¿Qué ha ocurrido? –se interesó Máximo Grande.

–Se acababa de producir una explosión en Ozono, la factoría de depuración de oxígeno. La mayoría de los reactores fotosintéticos se han destruido y hay docenas de heridos.

–Pero, ¿qué la ha causado?

El Comendador dudó unos instantes ante la pregunta de Máximo Grande.

–Al parecer... Ha sido un accidente –concluyó.

–¡Debemos ir allí de inmediato! –Se dirigió la Regidora Peral al Comendador Black. A continuación, habló a los habitantes de La Salvación–. En cuanto a ustedes, diríjense al complejo del Palmeral. Mañana volveremos a vernos.

Reinaba un enorme revuelo, y alguno de los habitantes de La Salvación insistían en ir al lugar del accidente para echar una mano a los heridos. Sin embargo, los soldados no se lo permitieron. Minutos más tarde alcanzamos la magneto-estación.

El tren relámpago resultó ser un tren subterráneo sustentado sobre un único raíl imantado. Contaba con amplios sillones que permitían reclinar te cómodamente, y nos condujo a una velocidad de vértigo hasta nuestro destino.

El nombre del complejo residencial que sería nuestro hogar a partir de entonces consiguió arrancarme una sonrisa.

–El Palmeral –leí el enorme cartel de luces tridimensionales.

Y en efecto, a pesar de la penumbra, observé la silueta de dos palmeras que se me antojaron de un tamaño impresionante. Una vez en el interior del lujoso recinto, los soldados se quedaron haciendo guardia en la entrada.

Todavía me sentía impresionado por la explosión que habíamos presenciado. Pero el viaje me había dejado agotado, y al ver que disponía de una habitación para mí solo del tamaño de mi antiguo apartamento en La Salvación, solo tuve fuerzas para descalzarme

y tumbarme sobre el enorme colchón de visco-espuma. Entonces, una voz electrónica me sorprendió.

–Soy Yuno, el ordenador de la casa. Estoy a su disposición para lo que desee.

–Encantado, Yuno –respondí–. Yo me llamo Saturno. ¿Podrías apagar la luz?

–Es mi obligación recordarle que antes de dormir se recomienda la toma de oxígeno concentrado durante cinco minutos.

–Dejémoslo para mañana –dije echando a un lado la mascarilla de oxígeno que surgió sobre mi cabeza.

–Por supuesto, señor Saturno.

–Saturno «a secas» será suficiente.

–Como prefiera, Saturno Asecas.

La sonrisa que me provocó su comentario, cedió al empuje de un tibio sopor que terminó por vencerme y empujarme a los brazos del sueño.